

SANCHEZ MEJÍAS Y ALGUNOS POETAS DEL 27

Felipe Benítez Reyes¹
Fundación de Estudios Taurinos



entro de esa nebulosa estética que conocemos como *Generación del 27*, la figura de Ignacio Sánchez Mejías posee la condición de anécdota pintoresca, lo que no evita que, precisamente por esa condición de anécdota, su nombre se vincule de manera inexorable y legítima a esa generación de artistas que, a partir del primer tercio del siglo XX, comienza a renovar el panorama estético español y que, pasado el tiempo, se asienta como una de las referencias fundamentales de la modernidad en nuestro país.

Jorge Guillén escribió: «Ignacio Sánchez Mejías nos interesaba mucho, y no sólo por su hombría de gran sevillano y aquel porte de quien se jugara muchas veces la vida (...). Lo más sorprendente es que Ignacio discurría como una de las cabezas más claras de nuestro tiempo. En su mente no se embrollaban las ideas. Esta capacidad intelectual se extendía hasta los más finos escarceos irónicos. (Había que oírle desarrollar una de sus paradojas favoritas: cómo Ortega –¡don

¹ Escritor que obtuvo, en 1996, los premios de la *Crítica* de novela y el *Nacional de Poesía*.

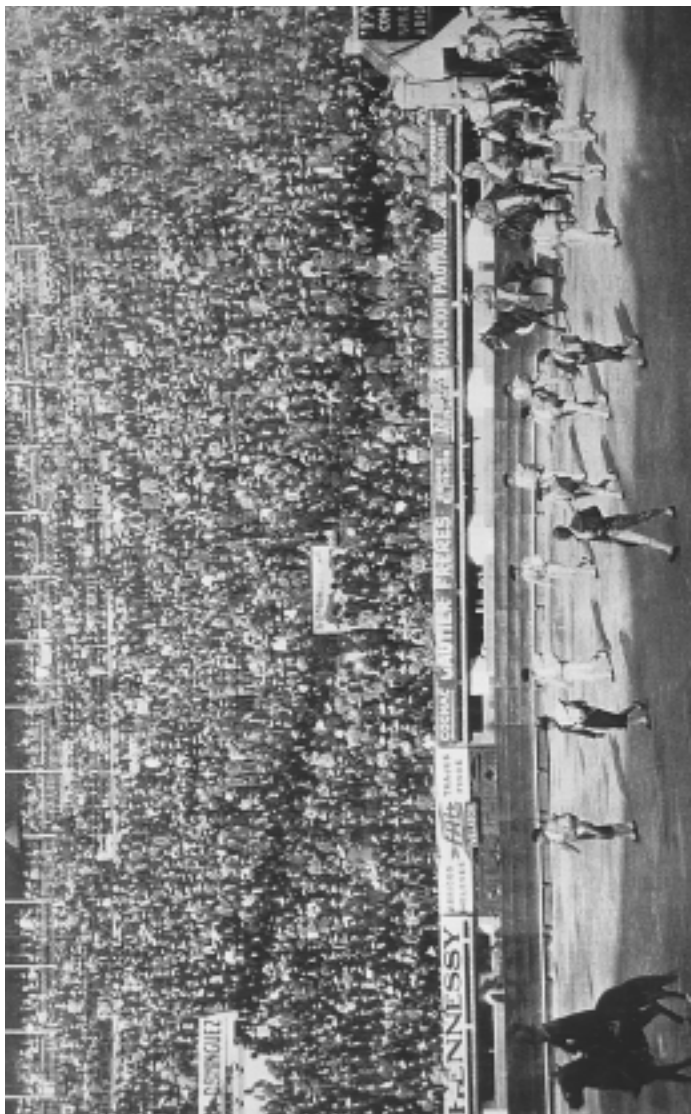
José Ortega y Gasset!— era gitano)». Recuerda también Guillén el gusto de Sánchez Mejías por trazar paralelos entre el toreo de Belmonte y la poesía de García Lorca y entre el toreo de Joselito y la poesía de Alberti —que fue el poeta preferido del matador, según parece.

El hecho de que Guillén considerase a Sánchez Mejías como «una de las cabezas más claras» de su tiempo creo que no puede interpretarse sino como un arrebató de optimismo, ya que lo que atrae del discurrir del pensamiento de Sánchez Mejías no es precisamente su claridad sino más bien su peculiaridad. (Baste recordar algunos de los párrafos de la conferencia que el torero pronunció en la universidad neoyorkina de Columbia en 1929: «El mundo entero es una enorme plaza de toros donde el que no torea embiste. Esto es todo. Dos inmensos bandos: manadas de toros y muchedumbres de toreros, y, en consecuencia, es la lucha por nuestra propia vida la que nos obliga a torear»)².

Sánchez Mejías, aparte de su papel de promotor de la reunión sevillana de 1927 en homenaje a Góngora, considerada como uno de los hitos generacionales más emblemáticos; aparte de eso, según iba diciendo, Sánchez Mejías acaba convirtiéndose en un referente común para esos poetas a los que Góngora se encargó de unir y el tiempo y la Guerra Civil de dispersar.

García Lorca, por ejemplo, le dedicó una de las más célebres y hermosas elegías de cuantas se han escrito y Rafael Alberti, que se enteró de la noticia de la muerte del torero mientras navegaba por el mar Negro, le escribió esos poemas casi oníricos y tal vez un poco confusos que conforman el conjunto titulado *Verte y no verte*.

² Ver, en este mismo número de la *Revista de Estudios Taurinos*, pág. 66a.



Lám. n.º 16.- Ignacio Sánchez Mejías hace un paseíllo en la plaza de toros, en México D. F. en 1911. Ignacio, que había nacido en 1891, se vistió por primera vez de luces a los 19 años para lidiar un novillo en Morelia (México), en 1910 (archivo familiar).

En junio de 1927, Alberti le escribe a José María de Cossío: «Yo sigo proyectando mi libro de poesías toreras. Libro que dedicaré a Sánchez Mejías y a ti. Al frente irá un pasodoble que para Ignacio va a escribir Rodolfo Halfter. Quisiera conseguir una gran obra. Ahora nada más que sueño



Fig. n.º 10.— Fernando Villalón y el conocedor de su ganadería a horcajadas de un toro bravo (archivo familiar).

con toros, toreros y torerillos». Y en una carta fechada en Moscú el 22 de junio de 1934 y dirigida también a Cossío escribe Alberti: «Me entero ahora mismo de la terrible muerte de Ignacio. ¡Qué espanto! No sé qué decirte, desde aquí, tan lejos. No sé. Aunque yo siempre esperé algo malo de esta vuelta de Ignacio al toreo, siempre se queda uno sin habla

ante la muerte. Todos conocimos a Ignacio por ti. Me acuerdo de cuando me lo presentaste en el Palace, de cuando estuvimos juntos en Sevilla, en Pontevedra... Te escribo en el instante en que abro el *Heraldo de Madrid*, un *Heraldo* arrugado y roto, con siete u ocho días de viaje. Puede que ya vosotros estéis algo más reposados, pero yo me siento ahora como con una gran cornada en medio del pecho. No quiero hablar más, no quiero escribir más. ¡Qué espanto!». (El tono doliente de esta carta contrasta, por cierto, con el desenfadado que emplea García Lorca en esta otra carta dirigida también a Cossío en el mismo año: «Voy a publicar ya el *Llanto por Ignacio* y quiero que lleve un lema tuyo. Los lleva de Villalón, de Rafael, de Bergamín y de Alexandre. Mándame una línea siquiera y no seas fantasmón ni comedor del exquisito ajonjolí de Eumenia. Hazlo a vuelta de correo. El poema no puede salir sin este requisito»).

José Bergamín fue un aficionado a los toros que escribió algunas de las páginas más caprichosamente divagatorias y, a pesar de ello, o tal vez por ello, más sugerentes de cuantas hemos alcanzado a leer sobre el toreo. Bergamín se refiere en un artículo a Sánchez Mejías –muy de pasada, a propósito de otra cosa– como “mi querido, inolvidable amigo” y en otra ocasión le aplica a su toreo un adjetivo en grado superlativo: “elegantísimo”. De todas formas, no parece temerario sospechar que el aprecio que Bergamín sentía por el amigo era más elevado que el que sentía por el profesional del toreo. En un artículo titulado “Trampas mortales” escribe Bergamín: «Hacer trampas es lo más peligroso que se puede hacer en el toreo –me decía el extraordinario torero mi muy amigo Ignacio Sánchez Mejías, que las hacía todas e inventó muchas

más-. Y me lo decía comentando mi libro *El arte de birlibir-loque*, libro apologético de *Joselito* (quien no hizo jamás ninguna trampa, ni dentro ni fuera del ruedo). *El arte de birlibir-loque* lo escribí y publiqué por empeño de Ignacio Sánchez Mejías y quise dedicárselo por eso, a lo que él se opuso diciéndome que la crítica o, más bien, caricatura que yo hacía del toreo de Belmonte, oponiéndolo al de *Joselito*, lo era, en realidad, del suyo (el de Sánchez Mejías) por mi caricaturesca censura al truco o trampa jactanciosa de la valentía torera; porque –me decía– tú sabes muy bien, aunque no lo sepas por experiencia, que para hacer trampas toreando un toro es para lo que hay que tener más valor».

Bergamín, tan aficionado a los recovecos de la paradoja, se arriesga a formular la siguiente hipótesis:

«A Ignacio, al que vi morir, matar por un toro en el ruedo, no le mató el toro al ejecutar limpiamente la trampa o el truco del pase sentado en el estribo (que es trampa o truco en el que el torero que sabe ejecutarlo no corre riesgo alguno), sino que le mató el toro al salir de la trampa misma».

Gerardo Diego, que, por una razón o por otra, siempre fue un poeta un poco desconcertante, le dedicó a Sánchez Mejías uno de los poemas que componen su libro *La suerte o la muerte*; sus últimos versos son estos:

«Porque así es como te quiero,
como lo que eres, Ignacio,
siempre tú, banderillero».

Versos, en fin, que parecen degradar jerárquicamente al matador, elogiado en una faceta propia de subalterno.



Lám. n.º 17.— Volvió a México doctorado y compitió dramáticamente, desde el primer momento, con el que era el ídolo de los diestros mexicanos, con Gaona. En la imagen, Ignacio Sánchez Mejías, Rodolfo Gaona y Juan Belmonte (archivo familiar).

Dentro del grupo canónico de los *poetas del 27*, la única voz disonante con respecto a la apreciación de Sánchez Mejías corresponde al habitualmente disonante Luis Cernuda. En una carta dirigida a Gerardo Diego con fecha de 8 de octubre de 1931, escribe: «Está en Madrid la antigua amiga de Villalón. Me dice que todos los manuscritos del mismo pasaron a poder de ese individuo a quien llaman Sánchez Mejías; que le ha pedido repetidas veces que se los devuelva, siendo difícil el editarlos, para guardarlos ella misma. El tal tipo no le hace caso y por último dice que se los ha dado a Cossío». Al final de la carta, se refiere a Sánchez Mejías como “el toreador”. Este desprecio por la figura de Sánchez Mejías resulta previsible a poco que se tengan algunos datos básicos sobre el carácter del autor de *La realidad y el deseo*, y no parece motivado sino por ese desprecio universal que Cernuda ponía en práctica en cuanto disponía del pretexto más insignificante.

Como decía al principio, la figura de Sánchez Mejías ha quedado vinculada a la trama global de la *Generación del 27* por motivos en esencia anecdóticos, aunque no olvidemos que la historia viene a ser, a fin de cuentas, una suma más o menos coherente de anécdotas.

